

en la mayor necesidad nos abandonan. Siempre fué menos doloroso á los hombres sensatos y buenos oír los males de su patria que verlos, y es más glorioso ser rebelde digno que ciudadano esclavo.»

Separóse del Papa lleno de indignación y, acordándose repetidas veces de sus consejos y censurando la frialdad de sus amigos, se fué al destierro.

Cosme de Médicis, al saber que habían levantado el suyo, volvió á Florencia, y rara vez ocurre que un ciudadano, entrando triunfante en su patria después de una victoria, sea recibido por tanta muchedumbre de pueblo y con tantas demostraciones de cariño como se tributaron á Médicis al volver del destierro, pues todos voluntariamente le proclamaron bienhechor del pueblo y padre de la patria.

CAPITULO V.

SUMARIO.

I. Vicisitudes que los gobiernos sufren por la continua mutación propia de las cosas humanas.—II. Estado de los negocios en Italia. Ejércitos de Braccio y de Sforza (1434). Únense en daño del Papa, á quien los romanos expulsan de Roma. Francisco Sforza se pone de acuerdo con el Papa.—III. Guerra entre el Duque de Milán y el Papa. Únense á éste los florentinos y los venecianos.—IV. Vuelto Cosme de Médicis del destierro, su partido, creciendo en poder y osadía, tiraniza al bando contrario.—V. Muere Juana II, reina de Nápoles, y dispútanse el reino Renato de Anjou y Alfonso de Aragón. Vencen á Alfonso los genoveses y le entregan al Duque de Milán, de quien llega á ser amigo, obteniendo su libertad (1435).—VI. Bandos de los Fregosos y de los Adornos en Génova.—VII. Por intrigas de Francisco Sforza expulsan los genoveses al Gobernador puesto por el Duque de Milán.—VIII. Pactan liga con los florentinos y los venecianos contra el Duque. Rinaldo de Albizi y otros desterrados florentinos persuaden al Duque para que declare la guerra á Florencia.—IX. Envía el Duque de Milán á su capitán Nicolás Piccinino contra los florentinos (1436).—X. Sforza, capitán de los florentinos, derrota á Piccinino junto á Barga, después se dirige contra Luca (1437), á donde acude en auxilio el Duque de Milán.—XI. Los florentinos van contra Luca, abandonada por el Duque de Milán.—XII. Vuelve el Duque contra los florentinos.—XIII. Mala fe de los venecianos con los floren-

tinios —XIV. Cosme de Médicis en Venecia. Los florentinos ajustan la paz con los luqueses (1438).—XV. El papa Eugenio IV consagra la metropolitana florentina, edificada conforme á los planos de Arnolfo y de Brunellesco.—XVI. Concilio de Florencia en el que se realiza la unión de la Iglesia griega con la latina (1439).—XVII. Nicolás Piccinino se apodera, en nombre del Duque de Milán, de muchas ciudades de la Iglesia.—XVIII. Ataca á los venecianos, acudiendo en auxilio de éstos los florentinos con el ejército de Sforza.—XIX. Guerra mantenida con varia fortuna entre Piccinino y Sforza.—XX. Neri Capponi es enviado á Venecia.—XXI. Discurso de Capponi á los venecianos.—XXII. El conde Sforza viene á Lombardía.—XXIII. Piccinino vence á los venecianos junto al lago de Garda.—XXIV. Toma á Verona.—XXV. La recobra Sforza.—XXVI. El Duque de Milán se dirige contra los florentinos y los venecianos impiden á Sforza pasar á Toscana para socorrerles (1440).—XXVII. Los florentinos se apoderan del patriarca Vitelleschi, quien, abusando del nombre del Papa, les hacía traición.—XXVIII. Nicolás Piccinino pasa el Po. Lentitud del socorro de los venecianos á los florentinos.—XXIX. Piccinino en la Romagna.—XXX. Nicolás Piccinino se apodera del castillo de Marradi y recorre las inmediaciones de Florencia.—XXXI. Toma también, después de mucha resistencia, el castillo de San Nicolás, pero no logra apoderarse de Cortona.—XXXII. Le llaman á Lombardía.—XXXIII. Los florentinos le derrotan junto á Anghiari.—XXXIV. Muerte de Rinaldo de Albizzi.—XXXV. Neri Capponi va á reconquistar el Casentino. Ríndese el conde de Poppi. Su discurso antes de abandonar el Estado.

I. Suelen los pueblos muchas veces, por las variaciones que sufren, pasar del orden al desorden, y después del desorden al orden; porque no siendo natural en las cosas humanas detenerse en punto fijo, cuando llegan á suma perfección, no pudiendo mejorarla, degeneran; y de igual suerte acontece que cuando, por los desórdenes, llegan á suma baja, siendo imposible que desciendan

más, por necesidad mejoran. Así, pues, del bien se desciende al mal y del mal se asciende al bien.

La virtud produce la tranquilidad, ésta el ocio, el ocio el desorden y el desorden la ruina; y de igual manera de la ruina nace el orden, del orden la virtud y de ésta la gloria y la buena fortuna. Por ello los hombres sensatos han observado que las letras llegan después que las armas, y que en las naciones y en las ciudades aparecen primero los capitanes que los filósofos. Cuando los ejércitos valerosos y disciplinados alcanzan la victoria y ésta produce la tranquilidad, el vigor de los espíritus, preocupados antes con las armas, no se calma con otro ocio honesto sino el de las letras, ni con mayor y más peligroso engaño entra el ocio en las ciudades mejor ordenadas.

Así lo comprendió Catón cuando los atenienses enviaron al Senado romano, como embajadores, á los filósofos Diógenes y Carneades. Viendo que la juventud romana empezaba á seguirles con admiración y conociendo el daño que este honesto ocio podía ocasionar á su patria, hizo que se decretara no recibir en adelante á ningún filósofo en Roma.

Por estos medios llegan las naciones á la ruina, y al llegar, los hombres á quienes las desgracias hacen avisados y prudentes, restablecen, como he dicho, el orden, á menos que les comprima y sofoque una fuerza extraordinaria. Por estas alternativas fué Italia feliz ó miserable bajo la dominación de los etruscos y la de los romanos. Y aunque, después de la destrucción de este pueblo, nada se reedificó en ella que pudiera sustituirlo, ni bajo ningún poderoso gobierno pudo reconquistar la antigua gloria, hubo, sin embargo tanta virtud en algunas de

las nuevas Repúblicas y de los nuevos Estados, nacidos de las ruinas del Imperio romano que, sin poder dominarse unos á otros, vivieron bien ordenados y tan de acuerdo, que libraron y defendieron á Italia de los bárbaros.

Entre estos Estados era el de Florencia el más pequeño en extensión, pero no en autoridad y poder. Su situación en el centro de Italia, su riqueza, y el estar siempre dispuesto al ataque, le permitían afrontar con éxito la guerra cuando se la declaraban, ó proporcionar la victoria al partido que determinaba favorecer.

Si la organización de estos nuevos Estados no permitió tranquilidad duradera, tampoco la guerra les produjo grandes peligros, porque la paz no es estable donde, siendo muchos los Estados, unos á otros se acometen con las armas; y no pueden llamarse guerras aquellas en que los hombres no se matan, las ciudades no son saqueadas ni los Estados destruídos. Aquellas luchas eran tan débiles que empezaban sin miedo, continuaban sin peligro y acababan sin daño. El valor nacional, que decae en las otras naciones por consecuencia de larga paz, en Italia se acabó á causa de estas deplorables guerras, y claramente se conocerá por los acontecimientos que narraré, ocurridos desde 1434 á 1494, viéndose cómo, al fin, se abre de nuevo el camino á los bárbaros y cae Italia bajo su dominación.

Si los hechos de nuestros príncipes, tanto dentro como fuera de Italia, no se leen con admiración como los de los antiguos, porque no suponen el mismo valor y grandeza, quizá por otras cualidades merezcan igual elogio, al ver que tantos nobilísimos pueblos fueron detenidos ó estrechados por tan débiles y mal organizados ejércitos.

Al referir los acontecimientos de este siglo corrompido, no se hablará del esfuerzo de los soldados, ni del valor de los capitanes, ni del amor á la patria de los ciudadanos; pero sí de cuáles engaños, de cuáles astucias y artes los príncipes, los soldados y los jefes de las Repúblicas se valían para mantener una reputación que no habían merecido; cosas no menos útiles de saber que las proezas antiguas, porque si éstas impulsan á los ánimos generosos para imitarlas, aquéllas les advierten lo que debe despreciarse y evitarse.

II. Estaba Italia de tal suerte gobernada (1434) que cuando, por acuerdo de los príncipes, se ajustaba una paz, al poco tiempo acababan con ella los que tenían las armas en la mano, y ni la guerra producía gloria, ni la paz quietud.

Firmada la paz entre el Duque de Milán y la Liga en 1433, los soldados, deseando seguir haciendo guerra, se dirigieron contra los Estados de la Iglesia. Los ejércitos de Italia se dividían entonces en dos bandos: el de Braccio y el de Sforza. Era el jefe de éste Francisco, hijo de Sforza, y de aquél lo eran Nicolás Piccinino y Nicolás Fortebraccio. Las demás tropas de Italia se afiliaban á uno de estos dos bandos. El de Sforza era el más estimado, por el valor del Conde y por la promesa que le había hecho el Duque de Milán de la mano de Blanca, su hija natural, siendo para Sforza de grandísima reputación la esperanza de este parentesco.

Después de la paz de Lombardia, acometieron los dos bandos al papa Eugenio. A Nicolás Fortebraccio le movía la antigua enemistad de los Braccio con la Santa Sede, y al conde Sforza la ambición. Fortebraccio atacó á Roma, y el Conde se apoderó de la Marca.

Los romanos, que no querían la guerra, expulsaron al Papa de Roma, el cual huyó, y no sin dificultades ni peligros, llegó á Florencia, donde, considerando el peligro en que estaba y viéndose abandonado de los príncipes, que no querían empuñar de nuevo las armas con tanta satisfacción dejadas, para defender los intereses del Pontífice, se puso de acuerdo con el Conde y le concedió la señoría de la Marca; aunque Sforza había añadido, á la injuria de apoderarse de ella, el desprecio; porque al poner el nombre de donde escribía las cartas á sus agentes, con palabras latinas, según la costumbre italiana, decía: *Ex Girifalco nostro Firmiano, invito Petro et Paulo* (1). No contento con la concesión de la Marca, quiso ser nombrado Confalániero de la Iglesia, y todo le fué concedido, prefiriendo el papa Eugenio á una guerra peligrosa, una paz vituperable.

Convertido Sforza en amigo del Papa, acometió á Nicolás Fortebraccio, y entre ambos hubo, durante muchos meses, en los Estados de la Iglesia varios encuentros, con más daño del Pontífice y de sus súbditos, que de los que guerreaban.

Por mediación del Duque de Milán, ajustaron, al fin, un convenio, mediante el cual, uno y otro quedaron dueños de lo que respectivamente habían conquistado en los Estados Pontificios.

III. Apagada la guerra en Roma, la encendió en la Romaña Bautista de Canneto. Mató éste en Bolonia á algunos de la familia Grifoni, expulsó de la ciudad al Gobernador pontificio y á otros enemigos suyos y, para

(1) De nuestro territorio de Fermo, á pesar de Pedro y de Pablo.

dominar por fuerza en aquel Estado, pidió auxilio al Duque de Milán.

El Papa, á fin de vengarse de la injuria, lo pidió á los venecianos y á los florentinos; unos y otros acudieron y, al poco tiempo, había en la Romaña dos gruesos ejércitos. El del Duque de Milán lo capitaneaba Nicolás Piccinino, y á los venecianos y florentinos Gattamelata y Nicolás de Tolentino. Dióse la batalla cerca de Imola, siendo derrotados los venecianos y florentinos; y enviado prisionero al Duque de Milán Nicolás de Tolentino, quien murió á los pocos días, ó por crimen del Duque ó por el pesar de la derrota.

Después de esta victoria, el Duque de Milán, fuera por falta de recursos, á causa de la pasada guerra, ó por creer que la Liga derrotada no continuaría, desaprovechó el triunfo, y dió tiempo al Papa y á los aliados para unirse de nuevo. Eligieron capitán de sus fuerzas al duque Francisco Sforza, y acometieron la empresa de echar á Nicolás Fortebraccio de los Estados de la Iglesia, para ver si podían llevar á término aquella guerra que en favor del Pontífice habían comenzado; y como el Papa reunía numerosas fuerzas, los romanos procuraron acuerdo con él, y lo realizaron, recibiendo en Roma un comisario del Pontífice.

Poseía Nicolás Fortebraccio, entre otras poblaciones, Tívoli, Montefiasconi, Citta di Castello y Ascesi. No pudiendo estar en campaña, se retiró á esta última ciudad, donde le sitió el Conde. Duraba mucho el asedio, porque Nicolás se defendía valientemente y pareció al Duque de Milán necesario impedir aquella victoria á la Liga, ó disponerse á defender sus intereses.

Quiso, por tanto, distraer á Sforza del asedio y orde-

no á Nicolás Piccinino pasar á Toscana por el camino de Romaña. La Liga, juzgó más necesario defender la Toscana que ocupar Ascesi y dispuso que el Conde Sforza impidiera el paso á Piccinino, que había llegado ya á Forli. Pusóse el Conde en camino con el ejército, y llegó á Cesena, dejando á cargo de su hermano León la guerra de la Marca y el cuidado de sus Estados.

Mientras Piccinino procuraba pasar y el Conde impedirlo, Nicolás Fortebraccio atacó á León y, con gran gloria suya, le hizo prisionero y destruyó su ejército. Prosiguiendo la victoria, ocupó con igual ímpetu muchas poblaciones de la Marca.

Este suceso contristó mucho al Conde Sforza, que creía haber perdido todos sus Estados; y, dejando parte del ejército frente á Piccinino, con lo restante se dirigió contra Fortebraccio, le atacó y venció, quedando éste prisionero y herido, de cuya herida murió.

Esta victoria restituyó al Pontífice todas las poblaciones que le había quitado Nicolás Fortebraccio, y obligó al Duque de Milán á pedir la paz, que se ajustó por mediación de Nicolás de Este, marqués de Ferrara. Conforme á lo estipulado en ella, el Duque restituyó al Papa todas las ciudades que había ocupado en la Romaña, volviendo su ejército á Lombardia.

Bautista de Canneto, como sucede á cuantos por fuerza y valor de otro se mantienen en un Estado, cuando partió de la Romaña el Duque de Milán, careciendo de medios y valimiento propio para sostenerse en Bolognia, huyó. Volvió á dicha ciudad maese Antonio Bentivogli, jefe del partido contrario.

IV. Todos estos sucesos ocurrieron durante el destierro de Cosme de Médicis. Á su vuelta, los que le habían lla-

mado y todos los ofendidos por el bando opuesto procuraron, sin miramiento alguno, apoderarse del gobierno. La Señoría que entraba en funciones para Noviembre y Diciembre, no contenta con lo que sus antecesores habían hecho en favor del partido, prolongó y cambió el destierro á muchos, y desterró á muchos más, no dañando tanto á los ciudadanos sus opiniones, como su riqueza, sus parentescos y las enemistades privadas. Si á esta proscripción se hubieran añadido las muertes, mucho se asemejara á las de Octavio y Sila, aunque de algún modo también se manchó de sangre; porque Antonio de Bernardo Guadagni fué decapitado; y otros cuatro ciudadanos, entre ellos Zanobi de Belfratelli y Cosme Barbadori, por haber salido de los puntos donde estaban desterrados para ir á Venecia, los venecianos, estimando más la amistad de Cosme que su propio honor, se los enviaron presos, siendo en Florencia indignamente muertos.

Este suceso aumentó grandemente el respeto al partido de los Médicis y el terror de sus contrarios, por ver que tan poderosa república como la de Venecia vendía su independencia á los florentinos, y porque se creía que lo hizo, no tanto en beneficio de Cosme de Médicis, como para enconar los partidos en Florencia, haciendo más peligrosas las divisiones, por la sangre derramada, supuesto que solo la unión de los florentinos podía ser obstáculo al engrandecimiento de Venecia.

Libre la ciudad de enemigos sospechosos al Gobierno, dedicáronse los vencedores á aumentar, por medio de beneficios, el número de sus partidarios, para hacer más firme su autoridad. Permitieron volver á la patria á la familia de los Alberti y á cuantos, como rebeldes, habían sido condenados. A todos los nobles, excepto poquísimos,

los redujeron á la condición de simples ciudadanos, y distribuyeron entre sí, adquiriéndolas á vil precio, las posesiones de los desterrados. Al mismo tiempo aseguraron su dominación con nuevas leyes y reglamentos, é hicieron nuevos escrutinios, sacando de las bolsas electorales los nombres de los enemigos y llenándolas con los de los amigos. Aleccionados por la ruina de sus adversarios, y juzgando insuficientes los escrutinios amañados para mantener la gobernación en sus manos, determinaron que estuvieran siempre en poder de los jefes de su partido los cargos con autoridad de vida ó muerte para los ciudadanos, y que de los encargados de rehacer los escrutinios, unidos á la precedente Señoría, dependiera la creación de la nueva.

Dióse poder de vida ó muerte á los Ocho de la guardia. Determinaron que los desterrados por tiempo fijo no pudieran volver á Florencia, transcurrido el plazo, si no lo acordaban previamente treinta y cuatro de los treinta y siete que formaban la Señoría y los Colegios. Prohibieron escribir á los desterrados y recibir cartas de ellos; y las palabras, los gestos y los signos que de algún modo desagradaban á los gobernantes eran severamente castigados. Si quedaba en Florencia algún sospechoso á quien no hubieran alcanzado estos castigos, le agobiaron con la enormidad de los nuevos tributos que le imponían; de suerte que al poco tiempo, por la expulsión ó por llegar á la miseria el partido enemigo, quedaron completamente dueños del gobierno.

Para que no les faltara auxilio extranjero y quitarlo á quienes deseaban ofenderles, se aliaron con el Papa, con los venecianos y con el Duque de Milán para la defensa de sus respectivos Estados.

V. Esta era la situación de las cosas en Florencia cuando murió Juana, reina de Nápoles, nombrando en su testamento heredero de la corona á Renato de Anjou.

Hallábase entonces en Sicilia Alfonso, rey de Aragón quien, por la amistad que tenía con muchos barones de aquel reino, se disponía á ocuparlo. Los napolitanos y otros muchos barones favorecían á Renato, y el Papa por su parte no quería que se apoderaran de aquel trono ni Renato ni Alfonso, sino que administrara el reino un gobernador por él nombrado.

Entró Alfonso en el reino (1435), recibiendo el duque de Sesá. Tomó á su sueldo algunos príncipes con propósito (teniendo ya á Capua, que el duque de Tarento poseía en su nombre) de someter á los napolitanos á su voluntad. Mandó que su escuadra atacara á Gaeta, que estaba por los napolitanos, y pidieron éstos auxilio al Duque de Milán. Persuadió el Duque á los genoveses para que tomaran parte en la empresa, y éstos, no sólo por servir al Duque, su soberano, sino también por salvar las mercancías que tenían en Nápoles y Gaeta, armaron poderosa escuadra.

Al saberlo Alfonso aumentó la suya y, con ella, fué en persona al encuentro de los genoveses. Dióse la batalla junto á la isla de Ponzio, y los aragoneses fueron derrotados, quedando prisioneros Alfonso y muchos magnates, que los genoveses entregaron al Duque de Milán.

Esta victoria asustó á todos los príncipes que tenían en Italia el poder del Duque de Milán, porque juzgaban que la ocasión le era propicia para apoderarse de todo; pero él (tan diversas son las opiniones de los hombres) tomó la determinación contraria á aquel temor.

Era Alfonso hombre hábil y, tan pronto como pudo

hablar con Felipe Visconti le demostró que se engañaba al proteger á Renato de Anjou y no á él; pues ocupado el trono de Nápoles por Renato, dirigiría todos sus esfuerzos á que Milán fuera del Rey de Francia, para tener el apoyo cerca y no necesitar, en caso apremiante, que facilitaran el paso á sus auxiliares; siendo el único medio de evitar esta dificultad convertir el ducado de Milán en posesión francesa. Sucedería lo contrario si él llegaba á ser rey de Nápoles porque, no teniendo más enemigos temibles que los franceses, necesitaba halagar y hasta obedecer al único príncipe que podía abrir el camino de su reino á sus enemigos; por lo cual el título de rey de Nápoles sería de Alfonso, pero el poder y la autoridad de Felipe Visconti. Añadió que correspondía más bien á Felipe que á él estimar el peligro de una de ambas determinaciones, y la utilidad de la otra, á menos que preferiera á la seguridad de su Ducado, la satisfacción de sus pasiones, porque en un caso sería soberano independiente, y en el otro, estando en medio de dos príncipes poderosísimos, ó perdería sus Estados, ó viviría en continua alarma, sirviendo á aquéllos como siervo.

Tanto influyeron estas razones en el ánimo del Duque que, mudado el propósito, dió libertad á Alfonso y, con grandes honras, le envió á Génova y desde allí al reino de Nápoles, desembarcando en Gaeta, que algunos señores partidarios suyos, al saber su libertad, habían ocupado.

VI. Al ver los genoveses que el Duque, sin consideración á sus intereses, había libertado al Rey, aprovechando en honra suya los peligros y gastos de aquéllos, y que para Felipe era el mérito de libertar á Alfonso, y para ellos la ofensa de la derrota y prisión del Rey, indignáronse todos contra el Duque.

Cuando la ciudad de Génova tiene gobierno independiente, eligen por sufragio los ciudadanos un jefe que llaman Dux, no para que ejerza autoridad absoluta, ni para que él sólo gobierne, sino para que, como jefe, proponga lo que los magistrados y consejos deban discutir.

Hay en esta ciudad muchas familias nobles, tan poderosas, que difícilmente obedecen la autoridad de los magistrados. Las de los Fregosos y los Adornos son poderosísimas y sus rivalidades causa de que se arruine la organización civil del gobierno porque, disputándose el mando, no por medios legales, sino las más veces con las armas, siempre hay un partido vencedor y otro vencido.

También ocurre alguna vez que los privados de mando acuden á las armas extranjeras, y la patria que no pueden gobernar la someten á la dominación de un extranjero. De aquí nacia y nace que los que reinan en Lombardia casi siempre mandan en Génova, como sucedía cuando fué preso Alfonso de Aragón.

Era Francisco Spínola uno de los principales genoveses que habían sometido su patria á Felipe Visconti, y, como sucede siempre en tales casos, al poco tiempo fué sospechoso al Duque. Indignado por esta ingratitude, se desterró voluntariamente á Gaeta, donde estaba cuando la batalla naval contra Alfonso; y por haberse portado en aquel hecho de armas valerosamente, parecióle haber contraído tantos méritos nuevos á la confianza del Duque, que al menos pudiera, en premio de sus servicios, vivir tranquilamente en Génova. Pero al ver que continuaba el Duque desconfiando de él, porque no podía creer que quien no había amado la libertad de su patria, le amase, determinó tentar de nuevo for-

tuna y, de un golpe, devolver la libertad á su patria y á sí la seguridad y la fama. Juzgó que, para ganarse la confianza de los genoveses, necesitaba curar la herida que él mismo les había causado; observó la general indignación contra el Duque por haber dado libertad al Rey; calculó que la ocasión era propicia para realizar sus designios, y los manifestó á algunos que sabía eran de la misma opinión, exhortándoles á secundar sus esfuerzos.

VII. Celebrábase el día de San Juan Bautista, en el cual debía entrar en Génova Arismino, nuevo gobernador enviado por el Duque de Milán; y cuando ya estaba dentro, acompañado de Opicino, su predecesor, y de muchos genoveses, pareció á Francisco Spínola el momento oportuno y salió de su casa armado y seguido de sus cómplices, gritando *libertad* en la plaza que hay delante de su palacio.

Fué cosa admirable ver con qué presteza, al oír este nombre, acudieron el pueblo y los ciudadanos, de tal suerte, que ninguno de los que por interés ú otro motivo amaba al Duque, tuvo tiempo para coger las armas, y apenas para apelar á la fuga.

Arismino, con algunos genoveses que le acompañaban, se refugió en el castillo, guardado por gente del Duque. Opicino, creyendo que si se refugiaba en el Palacio, donde tenía en su obediencia dos mil hombres armados, podría salvarse ó animar á sus amigos para defenderse, dirigióse á aquel punto; pero antes de llegar á la plaza fué muerto y su cadáver, hecho pedazos, arrastrado por toda Génova. Restablecido por los genoveses el gobierno libre, á las pocos días ocuparon el castillo y los demás sitios fuertes que poseía el Duque, librándose por completo del yugo de Felipe Visconti.

VIII. Sucedidas estas cosas, que al principio asustaron á los príncipes de Italia, por temor de que el Duque llegara á ser demasiado poderoso, al ver su resultado, les infundieron esperanza de tenerle á raya, y á pesar de la liga nuevamente formalizada, los florentinos y venecianos se aliaron con los genoveses (1436). De aquí que Rinaldo de Albizzi y los demás jefes de los emigrados florentinos, viendo las cosas tan perturbadas y lo que habían cambiado de aspecto, alimentaron la esperanza de inducir al Duque de Milán á manifiesta guerra contra Florencia. Fué Albizzi á Milán y habló al Duque en estos términos:

«Que nosotros, que hemos sido tus enemigos, vengamos ahora confiados á pedir tu auxilio para volver á nuestra patria, no debe maravillar á ti ni á ningún otro que observe el curso de las cosas humanas y cuánto varía la fortuna. Manifiesto y claro motivo tienen, sin embargo, nuestros actos pasados y presentes para justificarnos contigo, por lo que hicimos y con nuestra patria, por lo que hacemos.

»Ningún hombre de honor censurará á quien procure defender su patria, de cualquier manera que la defienda. Jamás fué nuestro propósito ofenderte, sino preservar nuestra patria de las ofensas; y te lo probaré que, en el curso de las mayores victorias de nuestra Liga, cuando te vimos inclinado á verdadera paz, nos mostramos más deseosos de ajustarla que tú mismo. Estamos, pues, seguros de no haber hecho cosa que nos obligue á dudar de la posibilidad de obtener de ti algún favor.

»Ni tampoco nuestra patria puede dolerse de que aconsejemos tomar las armas contra ella al mismo contra el cual con tanta obstinación la defendimos; porque

la patria merece ser amada de todos los ciudadanos cuando ella los ama á todos, no cuando, posponiendo á los más, adora sólo á unos pocos privilegiados.

»No debe entenderse que son siempre dañosas las armas que contra la patria se emplean, porque aunque las ciudades son cuerpos complejos, tienen semejanza con el humano, y de igual suerte que en éste hay á veces enfermedades que, sin el hierro y el fuego, no pueden curarse, nacen en aquéllas muchas veces tantos inconvenientes, que un pío y buen ciudadano pecaría dejándolos sin remedio, aunque, para remediarlos, tenga que emplear el hierro. ¿Qué enfermedad puede haber más cruel para una república que la servidumbre? ¿Qué medicina hay más indispensable que la destructora de este mal? Sólo son justas las guerras necesarias, y sólo cabe apelar á las armas cuando no hay otro remedio. No sé que haya mayor necesidad que la nuestra, ni servicio que pueda superar al de librar á la patria de esclavitud. No cabe, pues, duda de que nuestra causa es justa y humanitaria, y esto es lo que debemos considerar tú y nosotros.

»La guerra por tu parte es justa, porque los florentinos no se han avergonzado, después de una paz con tanta solemnidad ajustada, de coligarse con tus rebeldes genoveses; de suerte que, si nuestra causa no te excita á declararla, te excitará la propia ofensa, tanto más siendo guerra sin peligro; porque no deben asustarte los pasados ejemplos del poder del pueblo florentino y de su obstinación en la defensa; cualidades que, con razón, debieran temerse, si el pueblo estuviera en las mismas condiciones; pero encontrarás todo lo contrario, porque ¿qué poder quieres que haya en un pueblo que ha arrojado de sí nuevamente la mayor parte de su riqueza y de su in-

dustria? ¿Qué obstinación has de encontrar en un pueblo desunido por tan varias y recientes enemistades? Los odios le impiden emplear ahora, como otras veces, las pocas riquezas que ha reunido; porque los hombres gastan voluntariamente su patrimonio á cambio de la gloria, el honor ó la salud de la patria, esperando reconquistar con la paz lo que la guerra les quita, pero no cuando, oprimidos lo mismo en guerra que en paz, sufren durante aquélla las ofensas de los enemigos y en ésta la insolencia de los gobernantes. Además, daño mayor es para el pueblo la avaricia de sus conciudadanos que la rapacidad de los enemigos; porque si de ésta hay esperanza de ver el fin, jamás de la otra.

»Enviaste en la pasada guerra el ejército contra una República, y ahora lo enviarás contra mínima parte de ella; quisiste privar del gobierno á muchos y buenos ciudadanos, y ahora lo quitarás á pocos y malvados; fuiste á dejar sin libertad á una ciudad, y ahora irás á devolvérsela. No es razonable que, siendo tan distintas las causas, dejen de serlo los efectos y debe esperarse segura victoria, cuyas ventajas comprenderás fácilmente. Teniendo la Toscana por amiga y á tan gran servicio obligada, contribuirá al éxito de tus empresas más que Milán mismo; y si esta conquista hubiera sido juzgada en otro momento ambiciosa y violenta, ahora se la estimará justa y humanitaria. No pierdas, pues, la ocasión, y piensa que si tus otras guerras contra Florencia te produjeron dificultades, gastos y desdichas, ésta te dará con facilidad grandes provechos y honrosísima fama.»

IX. No eran necesarias muchas palabras para persuadir al Duque á que declarara la guerra á los florentinos, porque á ello le impulsaban odio hereditario y

ciega ambición, y sobre todo la nueva ofensa que le habían hecho, al aliarse con los rebeldes genoveses; pero los gastos y peligros de la guerra anterior, el recuerdo de pérdidas recientes y lo vana que son las esperanzas de los desterrados le atemorizaban.

Tan pronto como supo la rebelión de los genoveses, envió el Duque á Nicolás Piccinino con todo su ejército y los infantes que en el país pudiera reclutar á que tomara por fuerza á Génova antes que los ciudadanos se organizaran para defender su independencia y nombraran gobierno, confiando en el castillo que, dentro de Génova, ocupaban aún sus tropas.

Piccinino arrojó á los genoveses de las alturas de los montes y les tomó el valle de Pozeveri, donde se habían atrincherado, encerrando al enemigo dentro de los muros de Génova; pero tropezó con tales dificultades para pasar más adelante, por la obstinación de los ciudadanos en defenderse, que tuvo que levantar el sitio.

Entonces el Duque, persuadido por los desterrados florentinos, le ordenó que acometiera por la costa de Levante hasta los confines de Pisa, haciendo la mayor guerra posible en las tierras de los genoveses, pues juzgaba que esta empresa le demostraría, por los resultados, el partido que le convenía seguir.

Atacó Piccinino á Serezana y la tomó, y después de causar grandes daños, para alarmar á los florentinos, fué á Luca, haciendo correr la voz de que iba á pasar al reino de Nápoles en socorro del Rey de Aragón.

En vista de estos sucesos, el papa Eugenio salió de Florencia y fué á Bolonia, donde trataba de nuevo acuerdo entre el Duque de Milán y los de la Liga, mostrando al Duque que, si lo rechazaba, tendría él

que ceder á los coligados el conde Francisco Sforza, aliado suyo y que militaba á su sueldo. Aunque el Pontífice trabajó mucho con este propósito, sus esfuerzos fueron ineficaces, porque el Duque no quería tratado sin que Génova volviera á su poder, y la Liga deseaba que Génova quedase libre. Por esto, desconfiando todos de que continuaría la paz, se preparaban á la guerra.

X. Llegado Piccinino á Luca, los florentinos, temerosos de este movimiento de sus tropas, enviaron, con su gente, al territorio de Pisa á Neri de Gino, é impetraron del Pontífice que se uniera á ellos el conde Francisco Sforza, quien se situó con su ejército en Santa Gonda. Piccinino desde Luca pedía paso para ir al reino de Nápoles y, como se lo negaran, amenazó tomarlo por fuerza.

Eran ambos ejércitos de fuerza y capitanes iguales y, por no querer ninguno tentar fortuna y por estar en la estación fría, pues era el mes de Diciembre, permanecieron muchos días sin ofenderse.

El primero que se movió fué Nicolás Piccinino, á quien dijeron que, si atacaba de noche á Vico Pisano, lo tomaría fácilmente. Así lo hizo; pero, no teniendo buen éxito la empresa, saqueó la comarca que lo rodeaba, y robó y quemó el burgo de San Juan alla Vena.

Aunque esta empresa fracasó en gran parte, animó á Piccinino para seguir adelante; sobre todo al ver que el conde Sforza y Neri no se movían, y atacó y tomó Santa María in Castello y á Filetto. Tampoco por esto hizo movimiento alguno el ejército florentino, no porque el conde Sforza temiera, sino porque el gobierno de Florencia aun no había declarado la guerra, á causa del respeto que tenía al Papa, que seguía negociando la paz.

Lo que los florentinos hacían por prudencia, creyeron los enemigos que era por temor, y les animaba á nuevas empresas. Determinaron, pues, atacar á Barga y presentáronse junto á dicha población con todas sus fuerzas. Esta acometida hizo que los florentinos, dejando aparte toda consideración, decidieran, no sólo socorrer á Barga, sino invadir la comarca de Luca. Fué, pues, el condé Sforza al encuentro de Piccinino, presentó la batalla junto á Barga, y le venció, haciéndole levantar el sitio casi derrotado.

Por su parte los venecianos, entendiendo que el Duque de Milán había quebrantado la paz, enviaron á la Ghiaradadda á su capitán Juan Francisco de Gonzaga, quien causó grandes daños en las comarcas del Duque y le obligó á llamar de Toscana á Nicolás Piccinino. Este llamamiento, y la victoria alcanzada por Sforza, animó á los florentinos para atacar á Luca, con esperanza de apoderarse de ella y sin miedo ni respeto alguno, al ver que el Duque, á quien únicamente temían, era combatido por los venecianos, y que los luqueses, por haber recibido á los enemigos de Florencia y permitido que atacaran esta República, no tenían razón para quejarse.

XI. Á causa de esta determinación, en Abril de 1437 movió Sforza su ejército y, queriendo los florentinos recuperar antes lo suyo que atacar lo ajeno, recobraron Santa María in Castello y otros lugares ocupados por Piccinino. Después se dirigieron contra el país de Luca y atacaron á Casamajore, en cuyos habitantes, aunque fieles á sus Señores, pudo más el miedo al enemigo inmediato que la fidelidad al amigo lejano y se rindieron. Lo mismo hicieron Massa y Serezana. Hecho esto, y á fin de Mayo, se dirigió el ejército hacia Luca, arrasando

las cosechas, quemando las aldeas, cortando las vides y los árboles, robando los ganados y no dejando de practicar cuanto contra los enemigos se suele ó puede hacer.

Por su parte, los luqueses, no auxiliados por el Duque de Milán, y desesperando poder defender su territorio, lo habían abandonado, limitándose á mejorar las defensas de Luca con nuevas fortificaciones. Creían estar en situación de poderla defender durante algún tiempo por haberla llenado de soldados y, entre tanto, que ocurriera algún suceso favorable para ellos, como había sucedido en las anteriores invasiones de los florentinos. Sólo temían la volubilidad de la plebe que, fatigada por el asedio, estimara en más el peligro propio que la libertad de los ciudadanos, y que esto les forzara á hacer algún trato vergonzoso y funesto. Para inducir la á la defensa la reunieron en la plaza, y uno de los más ancianos y más sensatos habló en estos términos:

«Siempre habréis oído decir que las cosas hechas por necesidad no reportan alabanza ni vituperio á quien las realiza; por tanto, si nos acusáis de haber provocado la guerra que los florentinos nos hacen por haber recibido en nuestra ciudad el ejército del Duque de Milán y permitido que atacara á la república de Florencia, incurriéis en grande error.

»Conocida os es la antigua enemistad que los florentinos os profesan, no causada por ofensas vuestras ni por miedo que de vosotros tengan, sino por vuestra debilidad y su ambición, porque aquella les da esperanza de avasallaros, y ésta les induce á realizarla. Y no creáis que les aparte de este deseo mérito alguno vuestro, ni que por ninguna ofensa que les hagáis se han de enardecer más contra nuestra patria. Su objeto es

privaros de la libertad, y el vuestro debe ser defenderla, y de lo que ellos y nosotros hagamos con estos fines, todos podrán dolerse, ninguno admirarse.

«Dolámonos, pues, de que invadan nuestro territorio, quemén las casas y arrasén los campos; pero ¿quién será tan necio que se maraville de ello? Porque, si pudiéramos, haríamos lo mismo ó peor. Si porque vino Nicolás Piccinino han promovido esta guerra, de no venir él, la moverían por otra causa y, de diferir esta calamidad, mayor hubiera sido.

»No echemos, pues, la culpa á la venida de Piccinino, sino á nuestra mala suerte y á la ambición florentina. No podíamos negarnos á recibir el ejército del Duque ni, cuando vino, pudimos impedir que guerreara. Sabéis que sin la ayuda de un poderoso no nos podemos salvar, y que el poderoso que con mejor voluntad y mayor fuerza puede defendernos es el Duque de Milán. Él nos ha devuelto la libertad, y razonable es que la mantenga; él es enemigo constante de nuestros perpetuos enemigos.

»Si, por no ofender á los florentinos, hubiéramos indignado al Duque contra nosotros, al perder la amistad de éste, proporcionaríamos al enemigo mayor fuerza y más facilidad para atacarnos. Es preferible, pues, la guerra, contando con el afecto del Duque, que la paz con su odio, y debemos esperar que nos libre de los peligros en que nos ha puesto, si no nos dejamos dominar por el desaliento.

»Bien sabéis con cuánta rabia los florentinos nos han atacado muchas veces, y con cuánta gloria nos hemos defendido de ellos, y que en varias ocasiones, no esperando más que en Dios y en el tiempo, ambos nos han salvado. Si entonces nos defendimos, ¿por qué no nos

emos de defender ahora? Entonces toda la Italia permitiría á nuestros enemigos que fuéramos su presa; ahora tenemos á nuestro lado al Duque de Milán, y debemos creer que los venecianos procederán con lentitud en ofendernos, por desagradarles que aumente el poder de los florentinos. Cuando éstos nos atacaron la última vez, estaban más libres de dificultades, tenían mayor esperanza de auxilio, eran por sí mismos más poderosos, y nosotros más débiles, porque defendíamos un tirano, mientras en la actualidad defendemos á nosotros mismos. Entonces la gloria de la defensa era de otro; ahora es nuestra. Entonces nos acometían unidos; ahora estando en discordia y llena Italia de desterrados de Florencia.

»Pero aun sin estas esperanzas de buen éxito, la necesidad debe obstinarnos en la defensa. No hay enemigo á quien razonablemente no debáis temer, porque todos querrán su gloria y vuestra ruina; pero de todos, los que deben producirnos mayor espanto son los florentinos, porque no les bastará nuestra obediencia y nuestros tributos, con la dominación de esta nuestra ciudad, sino querrán nuestras personas y nuestras propiedades; querrán saciar con nuestra sangre su crueldad, con nuestros bienes su codicia, de suerte que en todos nosotros hay motivo para temerles.

»No os espante ver arrasados nuestros campos, quemadas nuestras poblaciones, ocupado nuestro territorio; porque, si salvamos esta ciudad, necesariamente ha de salvarse todo lo perdido, y si la perdemos, se salvarán aquéllos sin provecho nuestro; porque permaneciendo libres, con dificultad dominará el enemigo nuestras tierras y, perdiendo nuestra libertad, en vano las poseeremos.

»Tomad, pues, las armas y, cuando combatáis, pensad que el premio de vuestra victoria será la salvación, no sólo de la patria, sino de vuestros bienes y de vuestros hijos.»

Grandísimo entusiasmo produjeron en el pueblo estas últimas palabras, y todos prometieron unánimamente morir antes que entregarse ó pensar en tratos que disminuyeran en lo más mínimo su libertad. Ordenaron en seguida todo cuanto es preciso para defender una ciudad.

XII. Entretanto el ejército florentino no perdía el tiempo y, después de los grandes estragos causados en el país, tomó por convenio Monte Carlo. Realizada esta conquista, fué á acampar junto á Uzano, para que los de Luca, estrechados por todas partes, no pudieran esperar auxilio y, obligados por el hambre, se rindieran.

Era Uzano plaza fuerte y bien guarnecida, de modo que su expugnación no fué tan fácil como la de las otras.

Los luqueses, como era natural, al verse estrechados acudieron al Duque de Milán, recomendándole su causa en términos persuasivos y enérgicos; recordándole los servicios que le habían prestado, las ofensas de los florentinos, lo que animaría á sus otros amigos defendiendo á Luca, y lo que les atemorizaría que abandonara á los luqueses; que si ellos perdían con la libertad la vida, él perdería con los aliados el honor y la confianza de cuantos, por afecto á él, estuvieran dispuestos á afrontar cualquier peligro. Á estas palabras mezclaron las lágrimas para que, si el deber no le impulsaba en favor de los luqueses, le moviera la compasión.

Unido al odio antiguo que el Duque de Milán profesaba á los florentinos, sus recientes deberes con Luca,

y deseoso sobre todo de que no creciera el poder de Florencia con tanta conquista, determinó enviar grueso ejército á Toscana, ó acometer con tanto ímpetu á los venecianos, que los florentinos se vieran obligados á dejar la presa para auxiliar á aquéllos.

XIII. Tomada esta determinación, súpose inmediatamente en Florencia que el Duque ordenaba el envío de tropas á Toscana, lo cual ocasionó que los florentinos empezaran á perder la esperanza de apoderarse de Luca; y para que el Duque tuviera ocupación en Lombardia, pedían á los venecianos que le atacaran con todas sus fuerzas. Pero temerosos éstos por haberles abandonado el duque de Mantua, poniéndose á sueldo del de Milán y dejándoles casi sin tropas, contestaban que, lejos de redoblar sus esfuerzos, ni siquiera podrían continuar la guerra si no les enviaban los florentinos al conde Sforza para mandar el ejército, con condición de que se comprometiera á pasar el Po en persona. No querían atenerse al antiguo convenio, según el cual no estaba obligado el Conde á pasar dicho río, porque, sin general, renunciaban á hacer la guerra; sólo tenían confianza en Sforza, y de éste no podían valerse, si no se obligaba á guerrear en todas partes.

Juzgaban necesario los florentinos que se hiciera guerra vigorosa en Lombardia, y por otra parte, quedando sin Sforza, la empresa contra Luca estaba perdida. Además comprendían que la petición de los venecianos no se fundaba tanto en la necesidad que del Conde tuvieran, como en el deseo de impedir la conquista de Luca.

En cuanto á Sforza, consentía en ir á Lombardia si lo deseaba la Liga, pero sin alterar el convenio de no pasar el Po, porque no deseaba perder la esperanza de

casarse con la hija del Duque de Milán, según promesa de éste.

Combatían, pues, en el ánimo de los florentinos dos encontradas pasiones; el deseo de apoderarse de Luca, y el temor de la guerra con el Duque de Milán. Venció, como siempre sucede, el temor, y se contentaron con que, tomado Uzano, fuera el Conde á Lombardia.

Quedaba aún otra dificultad que, por no estar en manos de los florentinos resolverla, les produjo mayor embarazo y les hizo dudar más que la primera; porque el conde Sforza no quería pasar el Po, y los venecianos no le aceptaban sin la obligación de pasarlo. No encontrando medio de que francamente cedieran en esta pretensión ó los venecianos ó el Conde, persuadieron á éste para que escribiera una carta á la Señoría de Florencia obligándose á pasar el Po, demostrándole que esta promesa privada no rompía el pacto público, y que encontraría después medio para no atravesar el río. Juzgaban que, empeñada la guerra, los venecianos se verían en la precisión de continuarla y que esta diversión les libraría del peligro que les amenazaba.

Á los venecianos les demostraron que la carta privada bastaba para obligar á Sforza, y, por tanto, debían contentarse con ella, siendo conveniente facilitar al Conde el mantenimiento de las consideraciones que debía á su futuro suegro, é inútil para todos publicar este compromiso, sino en caso de extrema necesidad.

Así quedó convenido el paso á Lombardia del conde Sforza, quien, tomado Uzano, hechos algunos atrincheramientos alrededor de Luca para tener sitiados á los luqueses, y encargada la continuación del asedio á los Comisarios, pasó los Alpes y fué á Regio, donde

los venecianos, sospechosos de sus gestiones, y queriendo, ante todo, asegurarse de sus propósitos, le pidieron que pasara el Po y se uniese á su ejército. Negóse terminantemente el Conde, mediando entre él y Andres Mauroceno, enviado por los venecianos, frases injuriosas, pues se acusaron respectivamente de falta de fidelidad y protestaron terminantemente, el Conde de no estar obligado al servicio, y Mauroceno al pago, volviendo aquél á Toscana y éste á Venecia.

Alojaron los florentinos al Conde en el territorio de Pisa, esperando inducirle á renovar la guerra contra los luqueses; pero no le encontraron dispuesto, porque el Duque de Milán, al saber que por consideraciones á él no había querido pasar el Po, pensó salvar por su mediación á los luqueses, y le rogó que hiciera un convenio entre éstos y los florentinos, incluyendo también á él, si era posible, en el tratado, y dándole esperanza de casarle con su hija en la época que Sforza determinara.

Este casamiento seducía mucho al Conde, porque esperaba, mediante de él, y por no tener el Duque hijos varones, enseñorearse de Milán; por ello estorbaba de continuo á los florentinos la continuación de la guerra, y aseguraba que no se movería, si los venecianos no le cumplían antes los compromisos contraídos y le pagaban el sueldo debido, no bastándole este pago, porque queriendo estar seguro de sus Estados, conveniale tener otro apoyo además del de los florentinos. Por tanto, si los venecianos le abandonaban, necesitaría pensar en sus intereses, amenazando así diestramente tratar con el Duque de Milán.

XIV. Estos altercados y estas intrigas desagradaban profundamente á los florentinos, porque veían perdida